

Reseñas

Ignacio CARBAJOSA – Luis SÁNCHEZ NAVARRO (eds.), *Palabra encarnada. La Palabra de Dios en la Iglesia*, Facultad de Teología «San Dámaso», Madrid 2008, 130 pp.

Este libro es el resultado del congreso organizado por la Facultad de Teología «San Dámaso» como preparación para la Asamblea ordinaria del Sínodo de Obispos, convocada por Benedicto XVI para octubre de 2008, dedicada a «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Esta jornada bíblica se celebró el 14 de enero de 2008 en la sede de «San Dámaso» (Madrid) y el libro recoge las ponencias de los cuatro profesores. Se centran las ponencias en la articulación entre Palabra de Dios y Escritura, así como en su comprensión y función dentro de la vida de la Iglesia. Y lo hacen desde una perspectiva plural: bíblica, patristica y teológica.

Ignacio Carvajosa habló sobre «La progresiva condescendencia de la Palabra de Dios en Israel». Tema interesante en el que describe con acierto y, a partir del testimonio del Antiguo Testamento, el progreso de autocomunicación divina en la historia de Israel: la Palabra de Dios que se hace llamada, que interviene en el tiempo, que se hace palabra humana, que se hace Ley, que se hace Escritura, que se hace oración, que se hace sabiduría y que finalmente, en el tiempo señalado, que se hace carne.

Luis Sánchez Navarro abordó el tema «Palabra de Dios e Iglesia en el Nuevo Testamento», en el que muestra cómo la Iglesia y Palabra de Dios son dos términos que se requieren mutuamente. Tradición y Escritura son un único depósito sagrado de la palabra de Dios confiado a la Iglesia. Sánchez Navarro desvela la relación intrínseca entre ambas realidades, mostrando como la Iglesia es *sujeto* de la Palabra de Dios a la vez que su *objeto*.

Juan José Ayán ofrece un interesante ensayo titulado «La carne, intérprete de la Palabra de Dios». Presenta las siete reglas del *Liber regularum* de Ticonio (segunda mitad del siglo IV) que son los principios literarios y teológicos que gobiernan la formación del texto de

la Biblia y que deben ser atribuidos al mismo Espíritu Santo. En la obra de Ticonio, Palabra de Dios es nombre de persona. El momento culminante de la historia de la salvación es la encarnación en que Verbo y humanidad de Jesús forman una sola carne. «El verbo se hizo carne y la carne se hizo Dios. De este misterio de salvación da testimonio la Palabra de la Escritura, que está destinada no a producir palabras sino a transformar la carne, la realidad humana» (p. 12).

Por último Mons. Alfonso Carrasco, en «Palabra de Dios y unidad ecuménica de la Iglesia», muestra cómo la Escritura es la base imprescindible de la vida de la Iglesia y de la unidad entre los cristianos. Afirma que es necesario el entrelazamiento profundo de historia y dogma para que la Escritura adquiera su identidad propia y su función para la vida y unidad de la Iglesia.

Libro, por tanto, de gran interés, no sólo para los biblistas sino también para los dogmáticos y liturgistas, ya que muestra la interrelación entre los diversos aspectos de la Escritura que no pueden ser abarcados más que por la «teología total».

C. J. Alejos

Miguel DE SALIS, *Concittadini dei santi e familiari di Dio. Studio storico-religioso sulla santità della Chiesa*, EDUSC (Studi di Teologia 16), Roma 2009, 436 pp.

En el contexto del ya largo debate sobre la posición epistemológica de la disciplina de la historia de la Iglesia, la lectura de un tratado eclesiológico sobre la santidad de la Iglesia puede resultar estimulante. Miguel De Salis, profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de la Santa Cruz (Roma), se ocupa de este tema desde 2004. En esta ocasión ofrece sus reflexiones en un sólido tratado, estructurado en dos partes: la primera se centra en el desarrollo histórico de la reflexión teológica sobre la santidad de la Iglesia desde el s. XIV a la actualidad (pp. 27-277). No se sigue un

estilo erudito, sino que se buscan las líneas de fuerza de los grandes pensadores que se han ocupado de la cuestión. La segunda parte es un esfuerzo por presentar en forma sistemática la santidad de la Iglesia a la luz de las reflexiones teológicas consideradas más lúcidas, y sobre todo de la rica doctrina del Vaticano II y el magisterio posterior (pp. 279-404).

La parte histórica inicia con cuatro tratados teológicos anteriores a Trento (capítulo 1), cuyos autores son Giacomo de Viterbo, Agostino Favaroni, Juan de Ragusa y Juan de Torquemada. Entre otras tendencias se nota una insistencia en la visibilidad de la santidad de la Iglesia, en parte como reacción a la eclesiología de Juan Hus. El segundo capítulo inicia con la Reforma católica (Roberto Bellarmino, el Catecismo Romano, etc.) y llega hasta las grandes figuras del siglo XIX Johann Adam Möhler y John Henry Newman, que marcan un gran salto adelante en la reflexión sobre la santidad de la Iglesia. Frente a la comprensible insistencia en los aspectos visibles de la Iglesia durante la Contrarreforma, Newman subraya que la Iglesia es visible e invisible a un tiempo, siempre dependiente del Espíritu Santo: un «cuerpo *en* privilegios divinos» (p. 91). Möhler afirma que el vínculo «exterior» con la Iglesia es en sí mismo causa de santidad; en este vínculo existe una gradación (también fuera de la Iglesia católica) con efectos santificadores.

En el tercer capítulo De Salis estudia la manualística del siglo XIX antes y después del concilio Vaticano I. En esta época se consolida la bipartición entre santidad ontológica de la Iglesia y santidad personal o moral de los fieles. En la primera se encuentran los dones de Dios a la Iglesia, que nunca se pierden. La santidad moral es la respuesta de los fieles a la acción del Espíritu Santo. El cuarto capítulo se detiene en la «eclesiología espiritual», en la que el Autor repasa, entre otros aspectos, la figura del dominico español Juan González Arintero. La doctrina de este dominico es particularmente rica sobre la santidad de la Iglesia:

destaca la mutua relación entre la santificación personal y el desarrollo de todo el organismo eclesial, donde cada uno debe «actuar como parte» (p. 148); y la idea de que la santidad de la Iglesia impulsa a la santidad de sus fieles. El quinto capítulo está dedicado a la teología acerca de la santidad de la Iglesia hasta el final del Vaticano II. Se profundiza el pensamiento de algunos autores sobre la relación entre santidad «objetiva» y «subjetiva», la tensión entre el don divino y la tarea que se debe realizar. Referida a esta relación puede situarse la falsa dialéctica entre «Iglesia del amor» e «Iglesia del derecho». En estos debates encontramos también el delicado problema de la presencia y efectos del pecado en la Iglesia. Algunos autores (Karl Rahner, Hans Küng) llegan a la expresión «Iglesia pecadora», expresión que no ha recibido la preferencia del magisterio. El Vaticano II habla de Iglesia santa y siempre necesitada de purificación, de penitencia y renovación: «sancta simul et purificanda». En el capítulo sexto se contemplan los debates acerca de la petición de perdón por los «pecados históricos» de los hijos de la Iglesia, sobre todo a la luz del documento *Memoria y reconciliación* de la Comisión Teológica Internacional.

La parte sistemática ocupa los capítulos 7 a 10 y ofrece la propuesta personal del Autor. Por la mutua interrelación de los contenidos preferimos subrayar los temas a nuestro juicio más destacados, en vez de seguir la secuencia de los capítulos. En primer lugar, la parcial superación del binomio santidad objetiva / subjetiva. Para De Salis, hay otro binomio que responde mejor a la Sagrada Escritura, al Vaticano II y a grandes autores como Newman o Möhler: la diferencia entre «santidad donada» o «santidad de don», de una parte, y la «misión santificadora», «santidad que se ha de transmitir», «santidad en cuanto tarea», «santificación de los cristianos», por otra. Lo que otorga novedad a este planteamiento es que la «santidad donada» no consiste sólo en los dones indefectibles de Dios; también las respuestas de santidad de los hombres —y aquí la Virgen María es un paradigma— se convierte en un don para

toda la Iglesia. Por su parte, la «santidad en cuanto tarea» incluye los santos y las virtudes de los cristianos que, en cuanto ya realizados y ofrecidos a los demás, también se sitúan en la «santidad de don». De ahí que la santidad de los cristianos no puede ser colocada sólo en la llamada «santidad objetiva» sino que se convierten en un don para toda la Iglesia. Este discurso se amplía en otro elemento muy subrayado por el Autor: el «rostro de la Iglesia» que no es algo sólo visible o sólo sacramental. Se define como «un espacio en el cual Dios cuenta con la colaboración del hombre, un área en la que la santidad de la Iglesia es sólo potencial: puede presentarse de un modo o de otro, o no estar en absoluto» (p. 343). Según la respuesta de los cristianos el «rostro de la Iglesia» reflejará mejor su santidad originaria. Entre las direcciones eclesiológicas que privilegia también el Autor, se encuentra la inserción de la llamada universal a la santidad en el discurso sobre la santidad de la Iglesia. Entre otros autores, es aquí puesta de relieve la figura de San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Otros aspectos destacados en la parte sistemática son la repercusión de los pecados en la comunidad eclesial y la cuestión de la reforma de la Iglesia. Respecto a lo primero, el Autor señala que los pecados entorpecen la misión de la Iglesia. Además, las faltas del pasado pueden necesitar una purificación de la memoria, cuando no hayan sido justamente valoradas en su gravedad. Ante esos «pecados históricos» la memoria puede pasar de la simple tolerancia a la valoración negativa, que llega al arrepentimiento merced a la unidad en el tiempo de la Iglesia (siempre la misma por su perenne protagonista, el Espíritu Santo), y a la solidaridad sobrenatural entre todos sus hijos. En lo referente a la reforma, De Salis distingue dos modalidades, intrínsecamente unidas: la reforma interior, personal, de respuesta generosa a los dones divinos; y la reforma de las instituciones, de los usos, procedimientos, etc., que tienen como doble objetivo el que la Iglesia refleje mejor el proyecto Trinitario de reconciliación con los hombres, y que estos dones

divinos lleguen más abundantemente a las personas singulares. Hay también que reseñar las consideraciones sobre la importancia de entender la Iglesia como la familia de Dios, donde se da la circularidad entre la santidad del individuo y la de la comunidad. Cierra el volumen una extensa bibliografía y un imprescindible índice de nombres.

Damos la bienvenida a este importante trabajo. Esperamos que sus aportaciones contribuyan a enriquecer el panorama teológico sobre la santidad de la Iglesia y presten además un estimulante servicio a los historiadores.

L. Martínez Ferrer

ANTIGÜEDAD

BENEDICTO XVI, *Los Padres de la Iglesia. De Clemente Romano a San Agustín*, Ciudad Nueva, Madrid 2008, 262 pp.

«Durante los meses pasados hemos meditado en las figuras de cada uno de los apóstoles y en los primeros testigos de la fe cristiana mencionados en los escritos del Nuevo Testamento. Ahora, dedicaremos nuestra atención a los santos Padres de los primeros siglos cristianos. Así podremos ver cómo comienza el camino de la Iglesia en la historia» (Audiencia general, 7 de marzo de 2007). Así explicaba el papa Benedicto XVI su intención de dedicar una serie de catequesis de las audiencias generales de los miércoles a estas figuras eminentes de la primera época de la Iglesia y así poner de manifiesto su importancia e influencia decisiva en el desenvolvimiento y configuración de la vida y doctrina cristianas. En el presente volumen, prologado y editado por el Prof. Marcelo Merino, se recogen treinta y seis de estas catequesis que tuvieron lugar desde el mes de febrero de 2007 hasta marzo de 2008. Todas ellas abarcan las dos primeras épocas de la Patristica, que suelen distinguirse con la celebración del primer concilio ecuménico de Nicea del año 325. Es decir, la primera época comienza con Cle-